
»besé, así me mordió, así la abracé, así se allegó. O que
»fabla, o que gracia, o que juegos, o que besos! Vamos allá,
»volvamos acá, ande la musica, pintemos los motes, canten
»canciones, invenciones, justemos» etc. (*Comedia de Calisto
et Melíbea*.—Bibliotheca Hispánica, edición de Mr. R. Foul-
ché-Delbosc, páginas 29 y 30.)

CAPÍTULO XV

IDEAS DEL ARCIPRESTE REFERENTES Á LA MORAL.
SU DOCTRINA ACERCA DE LOS PECADOS CAPI-
TALES.



DEMÁS de las ideas que se relacionan con el Amor, hay otras muchas en el libro de Juan Ruíz cuyo interés las hace acreedoras á especial mención, y, por tanto, no sería completo el estudio de la obra si en él no les destinásemos algún espacio. Sin embargo, sólo hemos de fijarnos en dos grupos de ideas: el de las que se refieren á la Moral y el de las que se refieren á la Religión, pues son estos dos órdenes los que, juntamente con el examinado en los capítulos que anteceden, se destacan de manera más visible en el *Libro de Buen Amor* y concurren á darnos concepto exacto de él y á determinar la personalidad del Arcipreste.

Comencemos, pues, por las ideas que afectan á la Moral, en las cuales será oportu-

no distinguir las que Juan Ruiz recogió de la literatura de su tiempo, y que forman, por decirlo así, el aluvión de la obra, de aquellas que de modo más espontáneo reflejan su propia manera de pensar.



El Arcipreste copió de sus predecesores ciertos lugares que se incluyen en la mayor parte de las obras de la época, tanto en prosa como en verso. De estos lugares, que calificaríamos de verdaderos tópicos, es un ejemplo su tratado de los *pecados capitales*, asunto que se ve muy á menudo en los poemas y en los libros doctrinales, cual si constituyese una preocupación de los escritores de entonces. El fenómeno se explica fácilmente, porque, en efecto, los términos de tal doctrina, accesibles á todas las inteligencias, compuestos de preceptos negativos que, no obstante su sencillez, son el fundamento del problema transcendental de la salvación del alma, aveníanse á maravilla con el escaso artificio de la literatura primitiva, por lo que nada, en verdad, tiene de extraño que en el momento en

que el poeta ó el moralista querían dirigir su pensamiento á la conducta y acciones humanas, no supiesen salir de los límites de aquella doctrina que encierra en sí lo que le basta al cristiano para librarse de las penas del infierno y ganar la eterna bienaventuranza, fin que, por ser considerado como el principal ó el único de la vida, debía ser objeto de toda teoría de Moral. De su grande importancia en la Edad Media es prueba, no solamente el hecho de que los pecados capitales fuesen tratados por los autores de poemas y de obras en prosa, sino también el campo al que los artistas iban en demanda de la inspiración para las representaciones iconográficas con que decoraron las fachadas de las iglesias, los capiteles de las columnas, los frisos de los claustros y las sillerías de los coros, algunas de cuyas realistas escenas, capaces de sacar los colores al rostro á la misma Trotaconventos, han dado motivo para que se estime como inexplicable atentado contra la santidad de tan devotos lugares lo que en el fondo no es otra cosa que expresión más ó menos ruda de una moral elevadísima, interpretada casi siempre con la mejor buena vo-

luntad, aunque, á veces, la inmunda grosería del detalle haga sospechar en el artifice cierta lasciva delectación.

En los *Castigos e documentos del Rey Don Sancho*, en la *Vida de San Ildefonso*, en el *Libro de Alexandre*, antes del Arcipreste de Hita, y después de él en el *Tractado de la Doctrina* y en el *Rimado de Palacio*, podemos hallar otros tantos pasajes que atañen á los pecados capitales, acerca de los que discurrió Juan Ruíz con ocasión del amor, como causa que es, en su entender, de todos ó de la mayoría de ellos.

Con ninguno de estos pecados fué el Arcipreste tan sañudo como con el de la codicia, porque no vacila en decir que de ella manan cuantos males nos afligen:

De todos los pecados es rais la cobdiçia ¹,
escribe, siendo de notar cómo se ajustan estas palabras á las del libro de los *Castigos*, en el que leemos que «la cobdicia es rais de todos los males» ², de lo que acaso se deduzca

(1) *Libro de Buen Amor*, est. 218.

(2) *Castigos e documentos del Rey Don Sancho*, capítulo XXIII, pág. 139.

que ambos autores no hicieron en este punto sino traducir literalmente á San Pablo.

La particularidad del tratado de los pecados capitales en el *Libro de Buen Amor*, y, en consecuencia, lo que le diferencia de los demás de la época, es el sentido con el que Juan Ruiz se ocupó de aquéllos al señalar su causa inmediata en el amor, pues de la lectura de sus estrofas se desprende que el pensamiento del Arcipreste consiste, no tanto en condenar los pecados por lo que en sí tienen de malo, como en dolerse de la fatalidad que ha hecho que en el amor se engendren, cual se engendra el gusano en la dorada poma, para que á los hombres no les sea dado disfrutar sin mezcla de amargura las pocas dichas que la vida les concede. Juan Ruiz combate la soberbia, porque nace de que el enamorado que quiere ser con su amada más dadivoso de lo que su bolsa le consiente, emplee, para que su bizarria y liberalidad no sufran menoscabo, medios que la recta conciencia rechaza:

Soberbia mucha traes á do miedo non has;
piensas, pues non has miedo, tú de qué pasarás,

las joyas para tu amiga de qué las comprarás,
por eso robas e furtas, porque tu penarás ¹;
condena la envidia, porque la envidia es el
origen de los celos atormentadores que aci-
baran la posesión del ser querido:

El çelo siempre nasce de tu envidia pura,
teniendo que a tu amiga otro le fabla en locura;
por esto eres çeloso e triste con rencura ²;

condena la gula y la embriaguez, porque la
embriaguez y la gula embotan los sentidos
que debe tener despiertos el amante que
quiera gozar á conciencia de su buena es-
trella:

Con la mucha vianda e vino creçe la frema,
duermes con tu amiga, afógate postema ³;

.....

... do mucho vino es

luego es la luxuria e todo mal después ⁴;

y recordando los versos de Ovidio:

Quid tibi praecipiam de Bacchi munere, quae-
[ris:

.....

(1) *Libro de Buen Amor*, est. 230.

(2) *Id.*, est. 277.

(3) Est. 293.

(4) Est. 296.

.....
 Vina parant animum Veneri, nisi plurima su-
 [mas, etc. ¹,

recomienda que

si amar quieres dueña, del vino bien te guarda ²;
 condena, en fin, la pereza, porque la pereza
 en los galanes no place á las mujeres, por ser
 condición que denota miedo, torpeza y villa-
 nía, y ante la que el Amor retira su amistad
 y sus favores, como comprueba con el *en-
 siemplo de los dos peresosos que querian casar
 con una dueña* ³.

En cambio, el Arcipreste, cuando habla
 del pecado de la lujuria, es, contra lo que pu-
 diera esperarse, sumamente sobrio, porque
 se contenta con referir las cuitas de David,
 las desventuras de Nínive, Gomorra, Babilo-
 nia y demás ciudades que sucumbieron vícti-
 ma de sus vicios, y el cuento de Virgilio; si
 bien al terminar estas narraciones tiene una
 pincelada inspiradísima respecto del desen-
 canto que trae en pos de sí el deseo satisfe-

(1) *Remedia Amoris*, 803 y 805.

(2) *Libro de Buen Amor*, est. 545.

(3) Pág. 83.

cho, y del hastío, que es compañero inseparable del deleite, dejando de gran relieve la oposición entre los anhelos del amor con lo engañoso de sus apariencias y promesas.

*
* *

También de las *obras de misericordia* y de las *virtudes teologales* se hace mención en el libro de Juan Ruiz, sin que estas materias tengan en él otro interés que el de ser, que sepamos, la vez primera que fueron des-
envueltas en verso castellano.

CAPÍTULO XVI

IDEAS ACERCA DEL MUNDO Y DE LOS HOMBRES

DE más cuantía que las anteriores son otra porción de ideas del *Libro de Buen Amor*, que por revelar mayor espontaneidad que aquellas en que Juan Ruiz procedió en vista de un patrón común, nos proporcionan conocimiento acabado de su personalidad moral, que, como compleja que era, había de estar impresionada necesariamente por influencias muy diversas y á veces contradictorias, pues tan pronto echamos de ver en los pasajes de la obra el sello del pesimismo, como el dejo burlón de la gramática parda, como el rasgo simpático de la nobleza de alma, ó el enérgico y vigoroso del carácter viril.

Pesimista en alto grado es el concepto que el Arcipreste tiene de las relaciones humanas, aunque no iguala al que tuvo el autor del *Libro de Alexandre*, que, recargando el cuadro

de colores negros, dícenos que el hombre vive engañado en todo; que ama la riqueza sobre cuantas cosas existen en el mundo; que no respeta á Dios ni al prójimo, y que si es labrador, es codicioso; si mercader, falso; si clérigo, mundano, y si rey, injusto ¹. Juan Ruiz, sin llegar á extremos tales, cree asimismo que la mala fe y la perfidia son cualidades ordinarias de los hombres, quienes con hipócrita capa de mansedumbre procuran encubrir sus aviesas intenciones:

En toda parte anda poca fe e grand fallia,
encúbrese en cabo con mucha arteria ².

Cierto es que los tiempos del Arcipreste ni por ser pasados fueron mejores que los nuestros, ni tampoco los más á propósito para sugerir ideas de mayor optimismo que el que Juan Ruiz manifestó en los versos transcritos, porque esto que llamamos sentimiento de la moralidad no gozaba por entonces de gran prestigio en las conciencias. Si el observador fijaba sus miradas en el pueblo,

(1) *Libro de Alexandre*, véanse las est.* 1.652 y siguientes.

(2) *Libro de Buen Amor*, est. 821.

solamente veía en él una masa indisciplinada, á la que su miseria no dejaba espacio de pensar en más que en los medios de matar el hambre, ni su incultura en otra idea de la sanción que la producida por el miedo á la horca ó al infierno; al levantar sus ojos á más altas esferas, convenciase de que la lealtad y la percepción del deber no eran los principios que en aquellas costumbres descollaban; Alfonso XI, como quien realiza el acto más natural del mundo, falta á su regia palabra y deshace sus desposorios con Doña Constanza, por haber caído en la cuenta de que le convenía más el matrimonio con Doña Blanca de Portugal; el mismo Monarca, después de brindar con un perdón generoso al inquieto Don Juan, de prometerle su hermana en casamiento, de recibirle en Toro con todo género de agasajos y de sentarle á su mesa con magnánima cordialidad, como para refrendar el olvido de los pasados agravios, manda, á guisa de complemento, que le degüellen al siguiente día, cual si fuese alimaña que cayó en la trampa. No hay más normas de conducta que el interés y la fuerza, y por eso aquellos caballeros que de luengas tierras

vinieron á poner su brazo y su espada al servicio del Rey de Castilla en la cerca de Algeciras, con los condes de Fox y de Salusber, á quienes parecía no alentar otro deseo que el de obtener el cielo ofrecido por la bula de Cruzada, al persuadirse de que, en efecto, no más que el cielo podían ganar en tal empresa, por no estar el tesoro del monarca castellano tan repleto como acaso imaginaron, vuelven grupas muy gentilmente y dejan al Rey y á su ejército que se distribuyan como quieran las recompensas celestiales. En fin, el Arcipreste aprendió también que aquellos que tenían á su cargo el negocio importantísimo del alma, no estaban menos pervertidos que los demás hombres, pues prescindiendo de clérigos y frailes, á los que él y sus antecesores fustigaron sin cesar, para detenerse en las regiones elevadas de la Sede pontificia, vió en ellas, según declara, que ante el dinero todos se humillaban, y por el dinero hacíanse priores, abades, obispos, patriarcas; por el dinero fallábanse los pleitos y por el dinero se vendían los jueces¹; así es

(1) Hay un *fableau* titulado *De Dom Argent* que tiene alguna semejanza con el relato del Arcipreste (véase Le-

que no sorprende que el Arcipreste hablase del modo que habló acerca del poder del dinero, considerándole como medio de lograr cuanto se desee, ni tampoco su escasa ó ninguna confianza en los principios de la justicia humana, de los que acaso presumió que no son sino la gran mentira con que se viene engañando al mundo desde que existe, para consolar un tanto con quiméricas ofertas de igualdad á los que nacen en pobreza:

El derecho del pobre pierdese muy aina;
al pobre, e al menguado e á la pobre mesquina
el rico los quebranta, su soberbia los enclina,
non son más preciados que la seca sardina ¹,

palabras inspiradas en el mismo espíritu de aquellas del *Libro de Alexandre*, cuyo autor, describiendo las costumbres de los peces del mar, dice:

Otra façianna vio en esos pobladores,
vio que los maores comien á los menores,

grand, ob. cit., tomo VII, pág. 216), y Wolf, en su mencionada obra, enumera algunos otros, ingleses y alemanes, con el mismo asunto (tomo I, pág. 126, nota 2).

(1) Est. 820.

los chicos á los grandes tenienos por señores;
 mal traen los más fuertes á los que son meno-
 [res ¹;

y lo cual nos recuerda otra estrofa de Pero
 Gómez en sus *Proverbios en rimo del Sabio Sa-
 lomon, Rey de Israel* ².

No menos desconfiado y pesimista es el
 Arcipreste en lo que se relaciona con los afec-
 tos, que, en su juicio, son siempre más inte-
 resados que entrañables, aunque pertenezcan
 al número de los que establecen los lazos de
 la sangre; así, nos dice con frase donosa é in-
 tencionada, hablando del rico á quien los su-
 yos esperan heredar:

Desque los sus parientes la su muerte barrun-
 [tan,
 por lo heredar todo, amenudo se ayuntan;
 quando al fisico por su dolencia preguntan,
 si dise que sanará todos se lo repuntan.

(1) *Libro de Alexandre*, est. 2.152.

(2) Obsérvese la semejanza de la estrofa copiada en el
 texto con la siguiente del libro de Pero Gómez:

Atal es el mundo como en la mar los pescados,
 los unos son menores, los otros son granados:
 cómense los maiores á los que son menguados;
 estos son los reyes et los apoderados.

Los que son mas propincos, hermanos e her-
 [manas,
 non coydan ver la hora que tangen las campanas;
 más preçian la herençia çercanos e çercanas
 que non el parentesco nin á las barbas canas ¹;

pesimismo que en este punto nada tiene que envidiar al de sus predecesores y coetáneos, todos los cuales dieron señales evidentes de saber de memoria los célebres versos de Ca-
 tón:

Donec eris felix multos numerabis amicos, etc. ².

Pero aun es más acentuado en otras ideas apuntadas en el libro, como sucede, v. gr., en el concepto acerca de lo incorregible de las

(1) *Libro de Buen Amor*, est. ^o 1.536 y 1.537.

(2) En *Calila e Dynna* se dice: «el que non ha haber
 »non ha seso en este siglo nin en el otro; ca el home cuan-
 »do le acaesce pobredat ó mengua, desechanle sus amigos
 »e apartanse del sus parientes et sus bienquerientes e des-
 »précianlo», etc. (Cap. V, pág. 44). El *Libro del Caballero
 e del Escudero* dice también: «ca la bienandanza et el poder
 »et la riqueza face seer á home más amado et máspreciado
 »de las gentes de quanto non sería si tan bien andante non
 »fuese; ca muchos sirven et se facen parientes del home
 »mientras ha buena andanza, que si la non hobiere, quel'
 »non catarían de los ojos si topasen con él en la carrera»

inclinaciones, porque la afirmación de que los hábitos crean una segunda naturaleza, que apenas non se pierde fasta que viene la muerte ¹, nos consiente admitir que Juan Ruiz entendió que ni los unos ni las otras son susceptibles de modificarse por la educación, y que se muere cual se nace, sin que haya casi nunca poder capaz de conseguir un átomo de enmienda; doctrina no muy cristiana, en verdad, aunque no tan abiertamente gentilica como aquella otra que, acreditando en su

(Cap. XXVI, pág. 239); y en el *Tractado de la Doctrina* vemos unas estrofas inspiradas en la misma idea:

Non fies en los parientes
mas á bondad para mientes,
sey honesto á las gentes
con amor,
si non fuere de padre ó madre,
de hermano, primo, compadre,
por demás está que ladre
el que es pobre;
pobre, viejo e doliente,
hermano, primo, pariente
de fablarle solamente
se desdeña, etc.

(Pág. 377, tomo LVII, B. AA. E.)

(1) *Libro de Buen Amor*, est. 166.

autor algo más que un presentimiento de lo que después había de llamarse ley de la lucha por la existencia, inculca la máxima de que no se ha de dar tregua ni conceder perdón al enemigo:

el que á su enemigo non mata, si podiere,
su enemigo matará á él, si cuerdo fuere ¹.

(1) Est. 1.200.

CAPÍTULO XVII

IDEAS ACERCA DE LA CONDUCTA



AL lado de las ideas que se han expuesto, hay otras de cuyo fondo deducimos que Juan Ruiz estaba al tanto de las artes y manejos que emplean para andar por el mundo todos aquellos que han averiguado que el mundo es malo, pero que, por no sentirse Heráclitos al mismo tiempo, estudian cuidadosamente la manera de pasarlo lo menos mal que les sea posible, y salen con la suya las más de las veces.

En el libro del Arcipreste se amonesta, en efecto, para que en el trato con los hombres se guarden los prudentes preceptos del *buen callar* y no se pierda de vista el refrán de que «en boca cerrada no entran moscas», cuyo olvido á tantos perjudica gravemente; se alaban las excelencias de adaptarse á la oscura, sí, pero comodísima posición de lo que luego se bautizó con el nombre de *término medio*

(sin duda porque ha engendrado tantas medianías), no extremándose en nada, ni haciéndose notar por nada, ni aventurándose en nada, procedimiento infalible, al par que sencillo, para que la fortuna se venga sola á las manos, se eviten los quebraderos de cabeza, se adquiriera fama de hombre discreto, sabio ó santo, según los gustos, y se muera con la tranquilidad de aquel que nunca se ocupó más que de sí mismo; condénanse, por insensatas, las empresas en que el hombre se arriesga en exploración de más amplios horizontes, y se ponderan las excelencias de estarse quieto, comiendo sosegadamente el mendrugo, grande ó chico, que haya cabido en suerte á cada cual; sostiénese, en fin, que para vivir en este valle de lágrimas, hay que saber usar de la verdad y de la mentira, pues decir siempre la primera puede acarrearos grandes desdichas, y valerse de la segunda puede, por el contrario, reportar muchísimo provecho:

Tirando con sus dientes, descúbrese la çarça,
échanla de la viña, de la huerta e de la haça;
alçando el cuello suyo, descóbrese la garça;

buen callar çient sueldos val en toda plaça ¹.

.....
 En todos los tus fechos, en fablar e en al,
 escoge la mesura e lo que es comunal;
 cuemo en todas cosas poner mesura val,
 así, sin la mesura, todo paresçe mal ².

.....
 quien más de pan de trigo busca, sin de seso
 [anda ³.

.....
 quien buscó lo que non pierde, lo que tiene debe
 [perder ⁴.

.....
 Las mentiras, á las de veses, á muchos apro-
 [vechan,
 la verdat, á las de veses, muchos en daño echa ⁵.

Cualquiera que lea estos y otros pasajes,
 pensará que quien de tal modo se expresó

(1) Est. 569; este pensamiento es análogo al que vemos
 en el *Tractado de la Doctrina*:

Fasle firme çerradura
 á tu lengua, de figura
 que te avise á la cordura
 lo que digas (pág. 377).

(2) Est. 553.

(3) Est. 950.

(4) Est. 951.

(5) Est. 637.

poseía en grado eminente las envidiables dotes del buen vividor; pero lo que no pensarán todos es que, aunque en apariencia recomendaba á los demás las ventajas de tales preceptos, no supo, ó, lo que es más probable, no intentó siquiera aplicarlos al arreglo de la conducta propia, porque ni quiso ser buen Sancho en el callar, ni se abstuvo de decir lo que creyó que decir debía, ni puso en sus escritos la medida que *es comunal*, ni tomó el camino trillado que encontrase al paso, aunque fuese cómodo, ni de sus labios salió más que la verdad, aunque fuese dura; por lo cual opinamos que con sus consejos famosos no hizo sino burlarse muy finamente de tantos farsantes como han existido, existen y existirán en el mundo, de esos que no aciertan á realizar ningún propósito como no sea después de haber consultado con su estómago insaciable ó con su vanidad imbecil.

No; las ideas personales de Juan Ruiz están más hondas, y será inútil que se quiera hallarlas como antes no se desechen ciertas preocupaciones y se lea sin prejuicios el *Libro de Buen Amor*; léase de este modo y se

verá cómo el Arcipreste, cuando habla por su cuenta, ó sea en aquellos momentos en que, distraído del artificio de la ficción novelesca, permite á su pensamiento fluir con toda naturalidad, proclama tan altos y tan viriles principios de moral que no cabe que sean sobrepujados. Léase de ese modo y se verá cómo Juan Ruiz reprueba la *ambición*, sin el afectado desdén de los bienes del mundo que otros al reprobarla han fingido, sino reconociéndoles su justo valor y su importancia relativa; se verá cómo para el genial escritor es la *libertad* el mayor bien de que puede gozar el hombre, quien debe hacer cuanto esté en su mano con el fin de que su vida le pertenezca por entero y no tenga que esclavizarla á la voluntad ajena: para ello ha de tener la virtud de la *perseverancia*, y la certeza de que el trabajo constante es la mejor garantía de que ha de ver cumplidos sus deseos, y, sobre todo, no dar nunca lugar á que el *desaliento* prenda en el espíritu y deprima los legítimos anhelos; por eso hay que desterrar el *miedo* como el consejero más funesto de nuestras aspiraciones, y estar seguros de que la esperanza, ayudada del ánimo brioso, ha de salir

vencedora de toda lucha, si no se imita al entrar en ella el ejemplo del cobarde que muere á manos del temor de perder la vida, sino el de los que viven á fuerza de despreciar la muerte; por eso también hay que abominar de la *duda*, y no tolerar que transcurran los días vacilando en lo que se ha de hacer, sino ser firmes en el pensamiento y presuros en la acción, porque la duda tiene un poder grandemente desmoralizador de la conciencia, y, sin sentirlo, nos resta energías de hora en hora. Si el que de tal manera obró saliese derrotado de la contienda en la que puso toda su voluntad, y la *fortuna adversa* diese al traste con sus designios, debe afrontar la *desgracia* con valerosa resignación, evitar los lamentos y las quejas, enmendarse en lo sucesivo y sufrir calladamente las consecuencias de lo que no tiene remedio, regla de conducta que ni la misma *pobreza* ha de abandonar jamás, por ser mil veces preferible tragarse las lágrimas que pasar por la afrenta de descubrir la laceria y las miserias ante aquel que quizá las vea con indiferencia ó con enojo. Oigamos las palabras del Arcipreste:

los cobardes fuyendo mueren desiendo: ¡foid!
viven los esforçados disiendo: ¡daldes, ferid! ¹.

.....
Desque estan dubdando los omes que han de
[faser
poco trabajo puede sus coraçones venser;
torre alta, desque tiembla, non hay si non caer ².

.....
El cuerdo gravemente non se debe quejar
quando el quexamiento non le puede pro tornar;
lo que nunca se puede reparar nin emendar
débelo cuerdamente sufrir e endurar ³.

.....
El pobre con buen seso e con cara pagada
encubre su pobresa e su vida lasrada,
coge sus muchas lágrimas en su boca çerrada;
más val que faserse pobre á quien nol dara
[nada ⁴.


Estas son, en resumen, las que es lícito
estimar como ideas propias de Juan Ruiz,
ideas acerca de las que cabrá discutir si ofre-
cen más semejanza con la filosofía estoica
que con la moral evangélica, ó si tienen ó no

- (1) Est. 1.450.
(2) Est. 642.
(3) Est. 887.
(4) Est. 636.

afinidad con ciertas doctrinas positivistas modernas que han hecho gran ruido en nuestros tiempos, cual si no contasen varios siglos de existencia; pero de lo que no se dudará es de que acusan en quien las profesó un temple varonil, una voluntad enérgica, un hombre, en fin, al que su numen regocijado y sus cantares de juglar no le impedían dirigir sus miradas á los lugares misteriosos donde se esconden los arduos problemas de la vida, los móviles que determinan las acciones humanas, la chispa que inflama los deseos, las espinas que causan la herida y los bálsamos que restañan la sangre ó confortan el ánimo en las amargas horas de la desgracia.

CAPÍTULO XVIII

IDEAS REFERENTES AL ORDEN RELIGIOSO.—CONSIDERACIÓN GENERAL.—EL CULTO DE SANTA MARÍA: SUS MANIFESTACIONES EN LA EDAD MEDIA.—LOS CANTARES Á LA VIRGEN EN EL LIBRO DE BUEN AMOR.

i es interesante el *Libro de Buen Amor* por las ideas amatorias y morales, no lo es menos por las que contiene referentes al orden religioso, el cual no pudo omitir el Arcipreste en sus páginas, dada la época, en la que los únicos sentimientos firmes y definidos giraban sobre un eje, uno de cuyos extremos se apoyaba en la idea de Dios y el otro en la idea del Infierno.

En el nombre de Dios comenzó su libro el Arcipreste, porque de «toda buena obra es »comienço e fundamento Dios e la fe católica... e do este non es cimientto non se puede »faser obra firme nin firme edifiçio»¹; pensan-

(1) *Prólogo*, pág. 7.

do en Dios recordó, en admirables estrofas, la Pasión de Jesucristo, y pensando en el Cielo cantó los Gozos y los Loores de la Virgen con delicado acento y unción ferventísima; quizá también con la mente puesta en Dios y en el Cielo fustigó á los clérigos que descuidaban su evangélica misión para obedecer á los estímulos del mundo.

Sin embargo, á pesar de tan santos y elevados designios, es indudable que una censura detenida, aunque no fuese muy rigurosa, tendría que vedar muchos de los conceptos de este orden que vemos en el libro de Juan Ruiz.



Sabido es que las cánticas á la Virgen ocupan una buena parte de aquél, con lo cual el Arcipreste no hizo otra cosa que seguir la pauta que trazaron los poetas de su tiempo.

El culto de Santa María tuvo una verdadera explosión en la Edad Media, hasta el punto de que caracteriza á la fe religiosa de las naciones cristianas de entonces. Los poetas se creen obligados á intercalar en sus poemas los loores de la Virgen; bajo su advocación

se construyen los templos, desde las suntuosas catedrales hasta las humildes ermitas de los campos; llevando su nombre por divisa, se congregan las cofradías y hermandades; cántanse sus milagros por doquier; enriquecense las plegarias con el *Ave María*; se esculpen las palabras de la Salutación sobre las puertas de las viviendas, y Santo Domingo de Guzmán, que no acometía ninguna obra sin decir antes *Dignare me laudare te, Virgo sacrata; da mihi virtutem contra hostes tuos*, acatando el mandato de la misma Virgen, funda en su honor la devoción del Rosario: A ella se encomiendan los caudillos, y á la sombra de su protección ponen las mesnadas; ante ella oró Ruy Díaz de Vivar, cuando desterrado por Alfonso VI aprestábase á salir de Burgos con sus compañías:

La cara del caballo tornó á Santa María,
Alço su mano diestra, la cara se santigua:
«A tí lo gradesco, Dios, que çielo et tierra guias;
Valan me tus vertudes, gloriosa Santa Maria! »;

por amarla, recibe San Ildefonso de sus manos las sagradas vestiduras; dedícale Gonza-

(1) *Poema del Cid* (ed. cit.), versos 215 á 218.

lo de Berceo los *Loores*, los *Milagros* y el *Duelo de la Virgen*, suplicándola que mire con piedad á los míseros mortales:

Esfuerça á los flacos, defiendi los valientes,
alivia los andantes, levanta los iacientes,
sostien á los estantes, despierta los dormientes,
ordena en cada uno las mannas convenientes ¹;

el Rey Sabio, enardecido por los portentos de la Reina de los Cielos, legó á la posteridad sus cantigas inmortales, escritas en dulcísimo dialecto; en el *Libro de los Enxemplos* no faltan tampoco las recomendaciones de esta devoción ²; López de Ayala, en el *Rimado de Palacio*, incluye varias composiciones en su obsequio, y menciona los santuarios de Montserrat y Guadalupe, como el Arcipreste mencionó el de Santa María del Vado, de Segovia, y el culto de la Virgen es, en fin, el que dictó á los poetas medioevales las estrofas de

(1) *Loores de Nuestra Señora*, est. 229.

(2) Están dedicados al asunto los *enxemplos* del CXCH al CCXIII inclusives, debiendo advertirse que algunos de ellos tienen el mismo argumento que otros de las *Cantigas* de Don Alfonso X, v. gr., el CCI, que es el de la *historia de la abadesa* que vemos en aquéllas (códice de la Biblioteca de El Escorial, folio 14, v.¹⁰).

mayor ternura. No hay pecador que la invoque que no la halle inclinada al perdón, ni cuita que no alivie con su amorosa gracia; creyérase que los hombres, no aviniéndose del todo con la idea de que la justicia de Dios sea inapelable, concibieron á la Virgen como el espíritu de la indulgencia que logra templar el rigor de los eternos fallos. Los poetas, interpretando el sentir popular, se representan su poder tan grande como su misericordia, y hasta presumen que cuanto mayor es el pecado más propicia se encuentra á perdonarle; así nos dicen que una vez sostuvo con sus manos al ladrón á quien los jueces sentenciaron á morir colgado de un árbol ¹; otra salvó del deshonor á la monja en cuyo seno palpitaba un nuevo ser ²; otra libró á Teófilo del pacto que contrajo con Satán, á quien le quitó el documento en que aquél se comprometía con su firma y sello á darle el alma ³; otra, el mismo San Pedro, desconfiando de alcanzar de Jesucristo que se apiade del lascivo monje de Colonia, pide á la Virgen que

(1) *Cantigas* (códice cit. en la nota anterior), fol. 21.

(2) *Id.*, fol. 14, v.^{to}

(3) *Milagros de Nuestra Señora*, XXIV.

interceda en su favor, y aunque Jesucristo al pronto se niega á redimir al fraile, respondiendo que sería *menoscabar la escriptura*, ríndese al cabo ante los ruegos de su Madre, y concede nueva vida al pecador para que en ella corrija los yerros de la pasada ¹; se cuenta, en fin, que llegó hasta á auxiliar á otro monje que, víctima de estupenda borrachera, cogida á solas en la bodega del convento, empezó, como era natural, á ver visiones de toros, leones y perros que le perseguían, si bien es cierto que Berceo, por esta vez, no nos dice que la celestial Señora recurriese á ningún medio sobrenatural y extraordinario, sino al vulgar y corriente de acostar al beodo, arroparle bien y dejarle dormir tranquilo algunas horas:

prisolo por la mano, levolo por al lecho,
cubriolo con la manta e con el sobrelecho,
pusol so la cabeza el cabezal derecho;

Demás quando lo ovo en su lecho echado,
sanctiguol con su diestra, e fo bien sanctiguado:
amigo, dissol, fuelga, ca eres muy lazrado,
con un poco que duermas, luego serás folgado ².

(1) *Milagros de Nuestra Señora*, VII.

(2) *Id.*, XX.

Serían innumerables los prodigios de esta clase que se hallan en los poemas de la Edad Media,

ca más son que arenas en riba de la mar,

como escribe el mismo Gonzalo de Berceo, lo que demuestra la adoración de que Santa María era objeto, y que de su culto se hizo una como á modo de encarnación poética, rica en consuelos y esperanzas para alentar á los hombres en las borrascas de la vida. Los célebres *puis* franceses ó palenques poético-amatorios, que dieron lugar á una importantísima dirección de la lírica provenzal, tuvieron su origen en el culto de la Virgen, en cuyo honor celebrábanse, primero en Velai ¹ y después en casi todas las villas del Norte, periódicos concursos para premiar las mejores poesías en su alabanza. Las antiguas colecciones latinas de *milagros* fueron mil veces traducidas al francés, siendo notable la que en el primer tercio del siglo XIII escribió Gualterio de Coinci con el título de *Miracles de Nostre Dame*, tomando por base una de

(1) Velai llamábase también *Puis Nostre Dame*, y de aquí tomaron su nombre aquellos certámenes poéticos.

aquellas colecciones, formada por Hugo de Farsit, y como clásicos se reputan en aquella literatura la *Mort Nostre Dame*, de Herman de Valenciennes, y los poemas de Huon le Roi, en los que se cantan los *Sept joies* y los *Regrets*.

La devoción á la Virgen continuó siempre en aumento hasta los primeros días del siglo XVI, tiempo en el cual principian á generalizarse el culto de Jesús y las advocaciones del *Santo Cristo*, en la que cambian la antigua de *Santa María* muchas hermandades, ermitas y santuarios que habían vivido bajo su nombre.



Natural era, pues, que el Arcipreste de Hita pagase también su tributo correspondiente al culto de la Virgen, y en verdad que el tributo fué digno del fin á que se consagraba; Juan Ruiz, después de pedir á Dios que le diese gracia para escribir su libro, canta los *gozos* de Santa María en dos diversas composiciones; terminada la corrida de la Sierra, hace que el protagonista vaya á llevar su *ditado* á la Madre de Dios; concluye

la obra con cuatro *cánticas de loores* de la Virgen ¹, tanto más sentidas cuanto que el poeta impetraba su favor misericordioso desde el recinto de la prisión adonde le condujeron sus andanzas, y entre aquellos cantares, de los que dijimos al principio que no deben de pertenecer al *Libro de Buen Amor* ², hay dos de *gozos* y un *Ave María*, cuya particularidad consiste en ser una glosa de las palabras latinas de la oración. De este modo correspondió Juan Ruiz á las ideas de su siglo y satisfizo las necesidades de su alma; el largo padecer aniquila las más fuertes energías, ó por lo menos ocasiona intermitencias de desaliento; el alegre trovero, por muchos que fuesen sus arrestos, no dejó de experimentar tales momentos de ansiedad dolorosa, y entonces, al verse abandonado de los hombres, acaso víctima de la calumnia ó de la animadversión injusta, fijando sus ojos en lo alto, llamaba en su auxilio á la Virgen, como la llamaban siempre sus coetáneos en las grandes aflicciones. Por eso, las *cánticas* que entonó implorando la protección de Santa María

(1) Véase la nota (1) de la pág. 155.

(2) Véase el Cap. III de esta Parte.

son las más efusivas de todas las composiciones religiosas de la obra; en ellas vertió su íntima pena y derramó sus lágrimas más crueles; con ellas inauguró el libro:

Dame gracia, Señora de todos los señores,
tira de mí tu saña, tira de mí rencores,
fas que todo se torne sobre los mescladores,
ayúdame, gloriosa, madre de pecadores;

con ellas hizo un devoto paréntesis al promediarse:

¡Ay!, noble Señora, madre de piedat,
lus lusiente al mundo, del çielo claridat,
mi alma e mi cuerpo ante tu magestad
ofresco con cantigas e con grande homildat;

y con ellas, por último, dió cima á la empresa poética en un instante de suprema angustia, augurando su próxima muerte si el cielo no le acorría en sus tribulaciones:

Mas, si tú porfias
e non te desvías
de mis penas cresçer,
ya las coytas mías
en muy pocos dias
podrán fenesçer.

CAPÍTULO XIX

LAS COSTUMBRES DE LOS CLÉRIGOS. — PRECEDENTES LITERARIOS. — CRÍTICA QUE DE AQUÉLLAS HACE EL ARCIPRESTE. — IRREVERENCIAS CONTENIDAS EN EL *LIBRO DE BUEN AMOR*.



ALGO más que una vulgar curiosidad despierta la obra del Arcipreste en lo que respecta á las costumbres de los clérigos.

Casi todos los libros de la época nos informan del estado de indisciplina en que los clérigos vivían, y se engañan de medio á medio los que pretenden que aquellos días fueron el prototipo de una sencillez adorable. Las prácticas religiosas hallábanse enormemente relajadas, y el pueblo, víctima por un lado de la incultura, y por otro de la miseria, que es su compañera inseparable, veía el cristianismo á través del aparato de la liturgia, dejándose arrastrar en muchas ocasiones por esa tendencia tradicional á convertir en mo-

tivo de pasatiempo ó en solaz del estómago los momentos más solemnes de la vida religiosa.

Hablando de cómo habían degenerado las vigiliass y ayunos, instituídos como penitencia, dice el Infante Don Juan Manuel: «... mas »agora en los dias de ayuno facen más manjares, et más deleitosos, et aun comen viandas et lectuarios»; «... en las vigiliass que se »agora facen, allí se dicen cantares et se tañen estrumentos, et se fablan palabras, et »se ponen posturas que son todas el contrario de aquello para que las vigiliass fueron »ordenadas», y añade que si no fuese por alongar la razón, lo mismo podría «decir en »otras muchas cosas que fueron ordenadas »por los homes, tan bien elemosinas, como »en las romerías, como en las oraciones»¹.

No es tampoco muy piadosa la referencia que hace el Arcipreste á los peregrinos y romeros que se usaban en su tiempo, á los cuales, antes que como penitentes que iban en busca del perdón de sus culpas, cuida de describirlos como consumados vividores, que no obstante su esclavina cuajada de conchas,

(1) *Libro de los Estados*, Primera parte, LII, pág. 306.

su bordón lleno de imágenes y sus cuentas *para rezar aina*, no daban un paso sin bodigos y sin calabazas de á azumbre ¹. Cierto que no era maravilla que el pueblo procediese de este modo, cuando los encargados de su gobierno espiritual no proporcionaban con su conducta más sanos ejemplos, y hay de ello multitud de testimonios. El autor del *Libro de Alexandre* se lamenta de los vicios de los clérigos, de la desmedida ambición de los prelados y de la simonía é ignorancia general en todos los que ejercían el santo ministerio:

Somos siempre los clérigos errados e viçiosos,
los prelados maores ricos e poderosos,
en tomar son agudos en'o al pegriçosos,
por ende nos son los dios irados e sannosos.

En las elecçiones anda gran brenconia,
unos viven por premia, otros por symonia;
non demandan edat nen sen de clereçia
porend non saben tener nulla derechuria ²;

en el *Libro de los Gatos* se hacen asimismo repetidas alusiones á las costumbres perversas

(1) Véanse las est.º 1.205 á 1.207.

(2) *Libro de Alexandre*, est.º 1.662 y 1.663.

tidas del clero, y allí se nos habla de «clérigos que han beneficios en las iglesias, e »mantiénense con ello como avarientos» ¹; de otros «que viven lujuriosamente e tienen barraganas, e hijos, e expenden cuanto han »de la iglesia» ²; de «algunos curas que non »son letrados e non entienden qué cosa son »pecados, antes ha y en ellos muchas malas »condiciones» ³; de cardenales y arzobispos que «gastan los capellanes e los clérigos pobres, e despues vienen sus homes e sus escuderos, e si fallan alguna cosa en los huecos gástanlo e destrúyenlo» ⁴; de «monjes »que en lugar de aprender la Orden e sacar »de ella casos que pertenescen á Dios, siempre responden «carnero», que se entiende »por las buenas viandas, e por el vino, e por »otros vicios de este mundo» ⁵; de los que toman «la Orden de San Benito, más por estar »viciosos e porque los honren los hommes, »que non por servir á Dios, et estos tales, á

(1) *Libro de los Gatos*, X, pág. 545.

(2) *Id.*, id.

(3) *Id.*, XVI, pág. 547.

(4) *Id.*, XVII, pág. 547.

(5) *Id.*, XIX, pág. 548.

»veces, echan bramidos de asnos»¹; de «mon-
»ges y religiosos que vienen á los ricos e se
»facen ante ellos muy santos e, si pueden,
»llevan dellos cuánto han»²; concluyendo el
autor (que fué fraile, y, en consecuencia, co-
nocía muy bien el paño que cortaba), por
asegurar que en gran compañía de monjes ó
en gran congregación de clérigos «mala vez
»será fallado entre ellos un justo, e aquel que
»mejor es entre ellos, espina comió, ó comió
»cardo»³.

Por otra parte, la falta de letras era de-
plorable condición de la mayoría de los clé-
rigos; quizá el Arcipreste, si es que por en-
tonces no había dado ya con sus huesos en la
cárcel, fuese uno de los que asistieron al Con-
cilio que se reunió en Toledo el año 1339,
bajo la presidencia de Don Gil de Albornoz,
Concilio del que emanó la prohibición de dis-
cernir las órdenes mayores á los que no su-
piesen escribir⁴, aunque el decreto no debió

(1) *Libro de los Gatos*, XXII, pág. 548.

(2) *Id.*, XXVI, pág. 550.

(3) *Id.*, XLVI, pág. 557.

(4) El texto usa la frase *qui literaliter nescit loqui*, y en el título se dice: *Ut nullus, nisi literatus ad Clericatum promo-
veatur* (Tejada, *Colección de Cánones y de todos los Concilios*

de observarse muy rigurosamente, por cuanto algunos años más tarde háblanos López de Ayala de clérigos ignaros que no sabían ni las palabras de la consagración:

Non saben las palabras de la consagraçion nin curan de saber nin lo han á coraçon ¹.

y de otros cuyos hábitos livianos no se avenían con su estado ².



El Arcipreste en este punto ni escatimó la censura ni le preocupó la elección de las palabras que para hacerla había de emplear. Discurriendo sobre la escasa cultura intelectual de frailes y clérigos, halla pretexto en la carta en que Don Carnal se confiesa de sus culpas, no sólo para entrar en disquisiciones acerca de la contrición, de la satisfacción y de la necesidad de los signos externos de arrepentimiento como requisito indispensa-

de la Iglesia Española, tomo III, Concilio de Toledo de 1339, capítulo II, pág. 581).

(1) *Rimado de Palacio*, est. 223.

(2) *Id.*, véanse las est.^{as} 216 á 232, en las que se hace una crítica severísima del clero de aquel tiempo.

ble de la penitencia, sino también para enderezar una fraterna á los presbíteros indoctos que no distinguían entre los casos reservados y aquellos otros en que se les confiere facultad de absolver al pecador. Pero donde Juan Ruiz llegó al más alto grado á que puede llegarse con la crítica es al tratar de la codicia del clero; por dineros—dice—se obtiene ración del Papa, se compra el Paraíso, se gana la salvación, y por ellos hallará modo de ordenarse el ignorante y de escalar después las más excelsas cumbres de la jerarquía. Fustiga la doblez marrullera é hipócrita de aquellos monjes que denuestan las riquezas en sus predicaciones, sin perjuicio de poseer en sus conventos vajillas de oro y plata, tesoros de todas clases y más escondrijos para guardarlos que los tordos y las pegas para encubrir sus hurtos; échales en cara que haciendo voto de pobreza tengan tesoreros, y les recrimina su crueldad, que, nacida de la ambición despiadada, no respeta ni los momentos de la agonía, pues así que barruntan que un rico está en trance de muerte, monjes, frailes y clérigos le asedian en el lecho del dolor como los cuervos al asno muerto; empie-

za entre ellos un pugilato macabro por quién ha de ser el que lleve la mejor parte, y en su deseo de que acabe cuanto antes el soplo de vida que le queda al mísero, ni aun aguardan á que entregue el alma para rezar el pater-nóster:

si barruntan que el rico está ya para morir,
quando oyen sus dineros que comiençan á rete-
[nir,
qual dellos los levarán comiençan á reñir.

Monjes, frailes, clérigos, non toman los dine-
[ros,
bien les dan de la çeja do son sus parçioneros;
luego los toman prestos sus homes dispenseros:
pues que se disen pobles ¿qué quieren thesore-
[ros?

Allí estan esperando qual avrá más rico tuero;
non es muerto, ya disen pater noster, a mal agüe-
[ro;
como los cuervos al asno, quando le desuellan el
[cuero:
cras, cras, nos lo avremos, que nuestro es ya por
[fuero¹.

No anduvo más parco el Arcipreste al ha-
blar de la poca castidad de los clérigos. Re-

(1) *Libro de Buen Amor*, est.^o 505 á 507.

cuérdese, en efecto, que en el episodio del triunfo del Amor, frailes y monjas son los que más tenazmente pugnan por hospedarle en sus casas; recuérdese también que el Amor insiste en que se utilice á las mensajeras de iglesias y conventos, de las que se sirven *frayres, monjas e beatas*, como lo prueba la misma Trotaconventos, quien debía de tener buenas amistades entre la gente eclesiástica cuando el abad de San Pablo le había regalado las puertas de su casa ¹; recuérdese que el diablo pide al ladrón que le vendió el alma que le espere unos momentos, prometiéndole que volverá tan pronto como «ponga un frayle con una freyla suya» ², y recuérdese, en fin, la memorable *cántica* en que nos pinta á los clérigos de Talavera, no ya alarmados, sino presa de la mayor indignación por causa de las cartas del Arzobispo en que se les mandaba no tener manceba, orden que, calificada por todos como una intolerable extralimi-

(1) ¡non queblantedes mis puertas, que del abad de Sant
[Pablo

las ove ganado! (est. 875).

(2) luego seré contigo, desque ponga un frayle
con una freyla suya que me dise: ¡trayle, trayle!

(Est. 1.466.)

tación de las funciones arzobispales, acuerdan no cumplir para ejemplo y escarmiento de prelados que quieran meterse en lo que no les importa.



De verdaderas irreverencias pudieran hoy tacharse algunas frases y pasajes del *Libro de Buen Amor*, y decimos hoy, porque entonces corrían como la cosa más natural del mundo.

Común era que los poetas, que casi todos fueron clérigos, parodiasen las oraciones, ritos y ceremonias del culto, haciendo á veces la parodia viva en las mismas iglesias, como aquella farsa que se representaba en algunas catedrales francesas la noche de Navidad, fiesta en que los canónigos llevaban procesionalmente á un jumento, tributándole honores abaciales y poniéndole luego en la presidencia del coro mientras se decía el rezo de las horas. De los himnos sagrados nacieron los cantares goliardescos, como el del Arce-diano de Oxford:

Mihi est propositum in taberna mori;

célebre es también, por las grandes blasfe-

mias que contiene, la *Confessio Goliae*, falsamente atribuída á Gualterio Map; un clérigo de principios del XIV puso en caricatura nada menos que el solemne *Dies irae*, con los versos que dicen:

*Bibit ille, bibit illa,
Bibit servus et ancilla, etc. ¹;*

y en el mismo siglo, parodiando las *Vidas* de los Santos, escribió Godofredo de París el *Martyre de Saint Bachus*, cuyas imitaciones, no menos irreverentes, fueron en gran número, cuales *Le Miracle de Saint Tortue*, el *Martyre de Saint Hareng* y la *Vie de Saint Oison*.

Más de un caso sería dado citar en que los poetas castellanos acoplaron á sus versos frases del Breviario con oportunidad poco respetuosa; pero ninguno de ellos superó á Juan Ruiz en este punto, quien formó las *Horas del Amor*, glosando los versículos de las *Ho-*

(1) Copia de un códice del siglo XIV, existente en la Biblioteca Nacional y citada por el Sr. Bonilla y San Martín en sus *Anales de la Literatura española* (1900-1904), página 144.

ras canónicas ¹, é hizo que los clérigos que al Amor salieron á recibir cantasen el salmo *Venite, exullemus*, que la Iglesia dice en el rezo de maitines ². Reconozcamos, sin embargo, que irreverencias tales siguieron cometiéndose por los poetas de los tiempos sucesivos; Juan de la Encina tiene asimismo, en la *Egloga de Plácida y Vitoriano*, la *vigilia de la enamorada muerta*, en que muy en serio, por supuesto, se imita el oficio de difuntos, con su invitatorio, salmos, réquiem, lecciones y oración ³; y en el siglo XVII fué harto frecuente que en las iglesias de la Corte, y sobre todo en las de los conventos de monjas,

- (1) Resas muy bien las Horas con garçones folguines, *cum his qui oderunt pacem*, fasta que el salterio afines; diçes: *ecce quam bonum*, con sonajas e baçines; *In noctibus estolite*, despues vas á maitines.

Do tu amiga mora, comienças á levantar;
Domine labia mea, en alta vos á cantar, etc.

(Est. ^o 374 y 375.)

- (2) Ordenes de Çisten con las de Sant Benito, la orden de Crusniego, con su abat bendito, cuántas ordenes son, non las puse en scripto: *¡Venite, exullemus!*, cantan en alto grito.

(Est. 1.236.)

- (3) *Teatro completo de Juan del Encina* (edic. de la Real Acad. Esp.) Madrid, 1893, pág. 326.

se cantasen oraciones con tonos de coplas callejeras y letras lascivas ó burlescas trovas á lo divino, como la del *diálogo de las Tres Marias* ¹.

El Arcipreste, en fin, con malicia ó sin malicia, con símbolo ó sin él, describe un episodio en que cuatro carneros van á pedir á un lobo que les diga una misa de seis capas para conmemorar su *santa fiesta* ²; otro en que una cerda solicita del mismo animal que con sus *santas manos* bautice á sus hijuelos ³; y no parándose en estas profanaciones, que quizá no sería aventurado considerar como expresión de humorismo ó de candidez, declara formalmente las ventajas del amor de las monjas, diciendo que, además de que suelen ser donosas, francas, placenteras y tener en quinta esencia todas las buenas cualidades deseables en las dueñas, puede amárselas

(1) Paz y Méliá, *Sales Españolas* (Primera serie), página 428; véase también la pág. XXX del mismo tomo.

(2) Est. 770.

(3) Est. 776. No se crea, sin embargo, que el Arcipreste de Hita fué el primero que cometió irreverencias de este género: en el *Roman de Renard* un milano confiesa á la zorra, y en el cuento del inglés Nicolás Bozon, titulado *Le jugement du Lion*, la zorra confiesa también á un ganso.

sin riesgo del matrimonio y con la garantía de que ellas han de ser las primeras que guarden el secreto ⁴. Juan Ruiz no conocía el eufemismo.

- (1) Como imágenes pintadas, de toda fermosura,
fijas dalgo muy largas e francas de natura,
grandes demandaderas, amor siempre les dura,
con medidas complidas e con toda mesura.

Todo plaser del mundo e todo buen donear,
solas, de mucho sabor, e el falaguero jugar,
todo es en las monjas más que en otro lugar;
probadlo esta vegada e quered ya sosegar, etc.

(Est.^o 1.341 y 1.342.)

CAPÍTULO XX

EL PRINCIPIO CRISTIANO Y LA IDEA PAGANA EN EL
LIBRO DE JUAN RUIZ. — DIOS, EL ALMA Y LA
MUERTE. — EL TRIUNFO DEL AMOR.



LEGAMOS al postrer capítulo de esta obra, en el cual nos proponemos hablar del aspecto más interesante, á nuestro juicio, que con relación al orden religioso presenta el libro de Juan Ruiz, á saber: el contraste del principio cristiano con la idea pagana, idea y principio que vemos en aquellas páginas riñendo formidable lucha y triunfando alternativamente.

Lejos estamos de presumir que el egregio poeta tuviese la intención de llevar al libro contraste tal; por el contrario, creemos firmemente que ni siquiera se percató de lo que en este punto hacía; pero por eso mismo es preciso otorgar importancia mayor á tales ideas, que, brotando en el pensamiento de Juan Ruiz de modo completamente espontá-

neo, proclaman con entera fidelidad cuáles fueron los estados de su ánimo en los distintos momentos de la producción literaria, y revelan también los conceptos contradictorios que se disputaban el imperio de su mente, mitad cristiana, mitad gentilica.

Todas las cosas del mundo pasan—dice el protagonista del Arcipreste;—«salvo amor de »Dios, todo es liviandad»; pero se acuerda de las palabras de Salomón cuando se ve despreciado por una mujer, y en el intervalo que media entre el desdén sufrido y la determinación que toma de buscar en otra la revancha del fracaso. «Sin Dios, non puede »prestar cosa que sea», dice más tarde, y, por tanto, le ruega que guíe su obra y provea á su trabajo, aunque para lograrlo cuida de que Trotaconventos, con la ayuda de Dios, interponga sus buenos oficios con Doña Endrina, agradeciendo á Dios primero, y luego á su ventura, el haber acertado con «la tienda del sabio corredor». Va á hacer su vigilia al santuario de Segovia y á suplicar á Dios que no le deje de su mano, pero va después de correr la Sierra y de gozar del amor de las serranas, acogiéndose al templo más

bien como el que descansa que como el que se enmienda, porque transcurridos los días de abstinencia cuaresmal vuelve de nuevo á sus amorosos devaneos. La muerte de Trotaconventos muévele á pensar en la otra vida y en lo conveniente que les es á los hombres prevenirse contra las rudas tentaciones del demonio, del mundo y de la carne; pero terminadas las exequias de la vieja y rezado el último paternóster sobre su tumba, canta á la mujer de su preferencia, deleitándose con la descripción de sus gracias y hasta puntualizando las razones que tuvo para estimarlas como tales.

Cree como cristiano que el alma se separa del cuerpo cuando el cuerpo muere; pero no puede apurar cual apuraron los místicos la última consecuencia de esta idea, reputando la muerte como un bien que nos liberta de los infortunios y dolores de la tierra, pues si Juan Ruiz, como cristiano, cree en la vida futura, cree también, como gentil, que el mundo á vuelta de muchas cosas malas tiene en compensación otras muy apetecibles, de cuyo goce el morir nos priva; por eso la muerte es para él un mal absoluto,

sin mezcla de ningún bien, y no comprende que nadie, sea sabio ó sea necio, piense lo contrario, aunque lo diga. Cree en el Paraíso; pero sus palabras infunden la sospecha de que alguna vez se vió tentado á pensar que, aun á trueque de que el Paraíso no existiera, sería preferible que este mundo fuese eterno, y es facil también que se le ocurriese la herejía de que la muerte sea la causa que ha engendrado la idea de la vida futura, ya que nos dice que por miedo de la muerte hicieron los Santos los salterios, y que por la muerte se creó el infierno, el cual, claro es que no sería necesario si el hombre no muriese nunca ¹. Cree, en fin, como cristiano, en el libre albedrío; pero cree asimismo que es casi imposible cambiar las inclinaciones de nuestra naturaleza marcadas por el

- (1) Muerte, por ti es fecho el lugar infernal,
 ca veviendo home siempre e[n] mundo terrenal,
 non avrien de tí miedo nin de tu mal hostal,
 non temerie tu venida la carne humanal.
 Tu yermas los pobrados, puebras los çiminterios,
 refases los fosarios, destruyes los imperios,
 por tu miedo los santos fisieron los salterios,
 si non Dios, todos temen tus penas e tus laserios.

(Est.^o 1.553 y 1.554.)

sino que los estrelleros averiguan en sus horóscopos al descubrir la constelación del nacimiento.

Y donde la lucha y el contraste de las dos ideas se ven del todo manifiestos, cual si hubiera querido ofrecernos en síntesis espléndida el pensamiento fundamental de la obra, es en el episodio que comienza con la batalla del Carnal y la Cuaresma y termina con la llegada del Amor, episodio que Juan Ruiz exornó con pasajes y conceptos cuyos antecedentes en vano procuraríamos hallar en el *fableau* que le da origen.

..... El Mundo era de la Vida cuando el Mundo fué sorprendido por la Muerte, que trajo como aliada la idea del Alma con su bandera de recompensas y castigos. Ante alianza tan formidable, el Mundo tembló y no intentó siquiera resistir. La Muerte, al creerse dueña perpetua de sus dominios, fué reemplazando poco á poco la alegría por la tristeza, el festín por la vigilia, los cánticos de júbilo por los nocturnos de maitines: infundió el miedo en el corazón del hombre, y con esto se convenció de que estaba asegurada su victoria. La Vida, sin embargo, preparaba la

revancha, y buscó, como la Muerte, otro aliado poderoso en el Amor, que de buen grado quiso prestarle su auxilio. Organizaron sus huestes, y unidos la Vida y el Amor, pusieronse al frente de su ejército invencible. De oro, seda y marfil son sus tiendas de campaña; de telas orientales sus vestiduras; sus corazas de diamantes y rubies, y de plata las flechas de sus aljabas. Entran en el campo de la lid cuando la Naturaleza sacude el nevado sudario del invierno y se regocija con las flores nuevas. Los esclavos de la Muerte, al pronto deslumbrados por los destellos que el astro rey arranca con sus rayos al mirarse en las áureas armaduras, no tardan en reconocer á sus antiguos dueños y en pasarse á sus filas, abandonando á la Tristeza Eterna, que huye despavorida. De la parte del sol se ve venir una enseña, en cuyo campo aparece la imagen de una mujer hermosa, vestida de oro y de oro coronada; es el Amor quien la trae, que á nadie ha querido ceder la gloria de ser portador de su estandarte. Los hombres acaban de profanar la santa memoria de un momento augusto, porque como los creyentes de Jerusalén, empiezan á cantar el

Benedictus qui venit!, pero le entonan, como los coros helénicos, con acentos y cadencias de epitalamio, que las aves repiten al cruzar el espacio..... ¡Quién sabe! Acaso con sus trinos y gorjeos quieran decir á los pecadores, en nombre de Dios, que Dios les perdona en su misericordia inmensa.

FIN

ÍNDICE

| | <u>Páginas.</u> |
|-------------------|-----------------|
| Dedicatoria | 5 |

INTRODUCCIÓN

BREVE RESUMEN DEL ESTADO DE LAS LETRAS CASTELLANAS EN TIEMPO DEL ARCIPRESTE DE HITIA

| | |
|--|----|
| I. Clasificación de las obras literarias . | 9 |
| II. Obras poéticas. | |
| 1. POESÍA ÉPICA.— Cantares de gesta.— <i>La Leyenda de los Infantes de Lara.</i> — <i>El Poema del Cid.</i> — <i>El Libro de Alexandre.</i> — <i>El Libro de Apolonio</i> | 11 |
| 2. POESÍA RELIGIOSA.— Las obras de Gonzalo de Berceo. — <i>La Vida de Santa María Egipcíaca.</i> — <i>El Libro de los Reyes de Oriente.</i> — <i>Vida de San Ildefonso</i> | 24 |
| III. Obras en prosa. | |
| 1. NARRACIONES NOVELESCAS.— Asuntos.— <i>El enxemplo.</i> — <i>Cali-</i> | |

| | <u>Páginas.</u> |
|--|-----------------|
| <i>la e Dymna.</i> —El <i>Libro de los Engaños e los asayamientos de las mujeres.</i> — El <i>Conde Lucanor.</i> | 35 |
| 2. COLECCIONES DE ENXEMPLOS.— Precedentes: la <i>Disciplina Clericalis.</i> —El <i>Libro de los Gatos.</i> El <i>Libro de los Enxemplos.....</i> | 53 |
| 3. OBRAS DOCTRINALES. — Carácter de estas obras. — <i>Castigos e documentos del Rey Don Sancho.</i> — Obras del Infante Don Juan Manuel: <i>Libro del Caballero et del Escudero; Libro de los estados.....</i> | 60 |

PRIMERA PARTE

JUAN RUIZ, ARCIPRESTE DE HITA

| | |
|---|----|
| CAPÍTULO PRIMERO. — Época y patria del Arcipreste..... | 71 |
| CAPÍTULO II.—Los tiempos del Arcipreste.. | 81 |
| CAPÍTULO III. — Primeras empresas literarias de Juan Ruiz. — Su prisión. — Lugar en que escribió su obra..... | 89 |
| CAPÍTULO IV. — El <i>Libro de Buen Amor</i> y | |

| | <u>Páginas.</u> |
|--|-----------------|
| los datos autobiográficos del Arcipreste. — Personalidad de Juan Ruiz..... | 103 |
| CAPÍTULO V. — Cultura del Arcipreste..... | 115 |

SEGUNDA PARTE

EL LIBRO DE BUEN AMOR


| | |
|--|-----|
| CAPÍTULO PRIMERO. — Plan de esta parte. — Nuevos elementos que aporta el Arcipreste á las Letras castellanas..... | 129 |
| CAPÍTULO II. — El título del libro del Arcipreste: su significación. — Fin de la obra. — El estilo..... | 137 |
| CAPÍTULO III. — Materias que comprende el <i>Libro de Buen Amor</i> . — El argumento.. | 149 |
| CAPÍTULO IV. — Fuentes principales del <i>Libro de Buen Amor</i> . — Advertencia previa. — Los procedimientos literarios en la Edad Media. — Semejanzas de ciertos pasajes del Arcipreste con algunas obras de la época..... | 157 |
| CAPÍTULO V. — Fuentes principales del <i>Libro de Buen Amor (continuación)</i> . — Las fábulas esópicas..... | 167 |
| CAPÍTULO VI. — Fuentes principales del <i>Libro de Buen Amor (continuación)</i> . — | |

| | <u>Páginas.</u> |
|---|-----------------|
| Cuentos no esópicos con asuntos religiosos y profanos..... | 177 |
| CAPÍTULO VII.—Fuentes principales del <i>Libro de Buen Amor (conclusión)</i> . — La influencia francesa en el Arcipreste: su carácter.—Cuentos y episodios tomados del francés..... | 189 |
| CAPÍTULO VIII. — La métrica del Arcipreste.—El <i>Libro de Buen Amor</i> como tratado de metrificación. — Composiciones poéticas usadas hasta Juan Ruiz: el asonante, la rima, los metros y las combinaciones.—Novedades introducidas por el Arcipreste.—Metros empleados en su obra..... | 203 |
| CAPÍTULO IX. — La métrica del Arcipreste (<i>conclusión</i>). — Clases de composiciones que aparecen en su libro..... | 217 |
| CAPÍTULO X. — Las ideas del Arcipreste de Hita: su clasificación para el presente estudio.—Ideas sobre el Amor. — Consideraciones generales.—La influencia de Ovidio..... | 235 |
| CAPÍTULO XI. — Ideas personales de Juan Ruiz acerca del Amor..... | 245 |
| CAPÍTULO XII.—Ideas acerca de la mujer.—Precedentes de la literatura castellana. | |

Páginas.

| | |
|---|-----|
| Idea que de la mujer tiene el Arcipreste. — Las mujeres del <i>Libro de Buen Amor</i> | 253 |
| CAPÍTULO XIII. — El episodio de Don Melón y Doña Endrina. — Su origen: la comedia <i>Pamphilus de Amore</i> . — Semejanzas y diferencias de esta comedia con el episodio del Arcipreste..... | 267 |
| CAPÍTULO XIV. — Trotaconventos y Celestina. — Precedentes generales. — La creación del Arcipreste..... | 281 |
| CAPÍTULO XV. — Ideas del Arcipreste referentes á la Moral. — Su doctrina acerca de los pecados capitales..... | 299 |
| CAPÍTULO XVI. — Ideas acerca del mundo y de los hombres..... | 307 |
| CAPÍTULO XVII. — Ideas acerca de la conducta..... | 317 |
| CAPÍTULO XVIII. — Ideas referentes al orden religioso. — Consideración general. — El culto de Santa María: sus manifestaciones en la Edad Media. — Los cantares á la Virgen en el <i>Libro de Buen Amor</i> | 327 |
| CAPÍTULO XIX. — Las costumbres de los clérigos. — Precedentes literarios. — Crítica que de aquéllas hace el Arci- | |

| | <u>Páginas.</u> |
|--|-----------------|
| preste. — Irreverencias contenidas en el <i>Libro de Buen Amor</i> | 337 |
| CAPÍTULO XX. — El principio cristiano y la idea pagana en el libro de Juan Ruiz. Dios, el Alma y la Muerte. — El triunfo del Amor..... | 351 |



*Fué impresa la presente obra
en Madrid, en casa de la Sucesora
de M. Minuesa de los Ríos,
y se acabó de imprimir
el día 26 de Abril
del año
1906*



MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

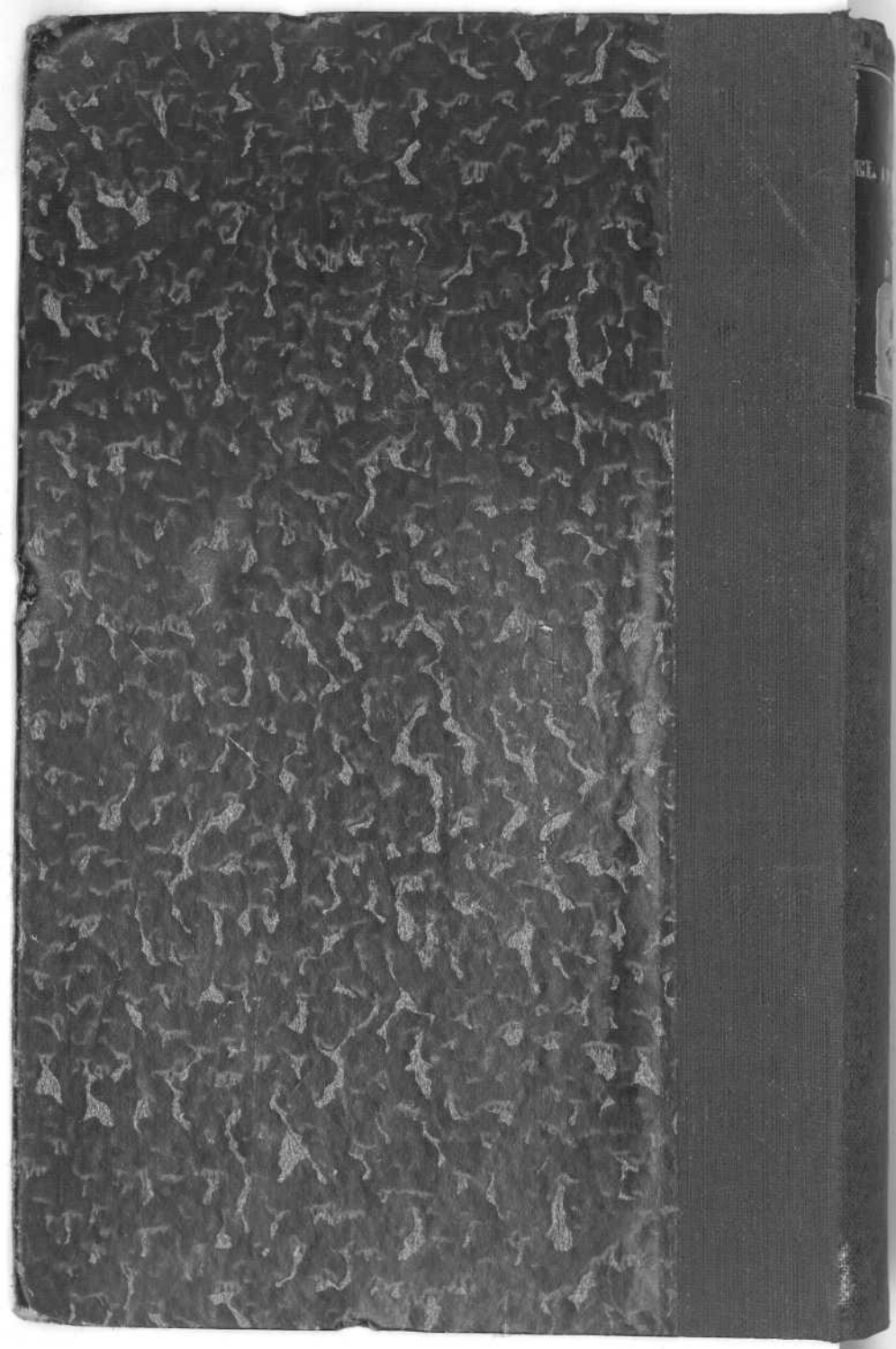
Pesetas.

Número... *2857* Precio de la obra..... ..

Estante... *62* Precio de adquisición

Tabla... *4* Valoración actual..... ..

Número de tomos.. ..



EL ARCIPRESTE

DE HITA

